

Charles-Louis Philippe en su "pequeña ciudad"

Por OCTAVE COTE

EL 20 de diciembre, vigésimo octavo aniversario de la muerte de Charles-Louis Philippe, los "Amigos" del escritor honraron de nuevo su memoria. Ya el 12 de septiembre último, la Escuela Pública de Cérilly adoptó el nombre de Charles-Louis Philippe. Hoy, la casa misma donde nació el autor de "Bubu de Montparnasse" es glorificada: se convierte oficialmente en un museo-biblioteca que guardará las reliquias y recuerdos de aquel niño prodigio, de quien abrigó sus enseñanzas primeras. Así, toma Philippe, y para siempre, posesión de la "pequeña ciudad" que fue tan largo tiempo ingrata a su recuerdo. El escritor sufrió, por lo demás, esta injusticia sin demasiadas quejas. Sin embargo, ¡qué dolor sordo y tenaz se manifiesta en esta respuesta a un amigo!: "No, nadie conoce allá mis libros; algunos han oído decir que yo escribía en los periódicos, pero si se les llegara a afirmar que ya he publicado varios libros, eso les haría reír, y no faltaría quienes dijese que otros me los escribieron!" Los tiempos han cambiado: la gloria de Philippe no sólo está ya consagrada por letrados y artistas; ha conquistado la aquiescencia de las almas sencillas...

Salimos, esta mañana, de Moulins, la ciudad grave, pensativa y burguesa, una de las capitales de Francia "en la geografía de las golondrinas", según la frase encantadora de Valery Larbaud. Al pasar saludamos a Souvigny, su gran iglesia y su fuente; la historia y la leyenda del borbonés. Después, Bourbon-l'Archambault, el viejo castillo que mira sus ruinas reflejarse estremecidas en un lago minúsculo; los plácidos y sosegados parques donde parece errar todavía la nostalgia del pasado. Por fin, Ygrande, con sus casas como desparramadas al pasar, sin método, sin armonía, y su curiosa iglesia un poco agobiada bajo su campanario gigantesco.

Pero Ygrande es la tierra de Emilio Guillaumin, lo es íntimamente, sobre todo por los campos que la rodean: toda "La vie d'un simple" parece insertada en aquel paisaje... Y "Ved aquí al pequeño pueblecito que, perdido en el silencio, escucha los vuelos de los insectos y los guarda en su cabeza vacía como recuerdos importantes", así cantaba Charles-Louis Philippe. Mirad, en efecto, aquí está Cérilly. *Ceres vallis. Cerealis locus*, explicaban antaño sabios monjes: *cerellia, cyrillia*. nombre latino del antiguo propietario, según han explicado también algunos cronistas modernos. Sea lo que fuere, Cérilly nos acoge, con sus ro-

pas de cristianar, sin admirarse demasiado de la ceremonia oficial que se prepara y que pronto va a iniciarse. Una delgada tela de nieve cubre los techos, y el cielo está blanco como en los cuentos de Navidad... Hemos ido a visitar la modestísima escuela, dotada hoy con una placa que recuerda a los jóvenes alumnos el nombre del primogénito que vino a sentarse en sus bancas, en aquellos tiempos en que imaginando aventuras deseaba "llevar un brillante uniforme para combatir a las naciones".

La casa... Estamos ya en ella. Los adictos y los simplemente curiosos forman grupos ante la puerta. El secretario general de los "Amigos de Charles-Louis Philippe", M. Buriot-Darsiles, prodiga agradecimientos y cumplidos. Y nos prepara a la visita con preciosas explicaciones. Después da lectura a un mensaje de Jean Cassou.

La minúscula casa ha permanecido tal como era: abajo, el gran cuarto, que según ha contado el escritor en "La Mere et l'Enfant", "pertenecía a mamá", y una pieza, más modesta, donde el padre fabricaba zuecos. Muy cerca se descubre, en el patio, el pozo, cuya polea chirriadora "chillaba como un alma de hierro que sufre en el crepúsculo". En el primer piso, una piececita, la del poeta "con su ventana—ha dicho también él—abierta sobre un gran jardín, a lo lejos, adonde yo quisiera ir, y sobre un pequeño corredor, muy cerca, en donde ahora estoy"... Y—continúa el poeta—"así ven ustedes mi alma de doce años que se embarca y sin embargo, se queda aquí" Por fin, una pieza más vasta, consagrada especialmente a museo-biblioteca.

En los muros, colocados en cuadros, numerosos documentos, retratos, fotografías, autógrafos:

1. El niño, el adolescente y su familia;
2. El empleado;
3. El hombre;
4. El escritor y sus amigos;
5. Después de la muerte;
6. Amigos de Philippe;
7. Otras celebridades de la región.

Y anotamos aquí un informe redactado en pintorescos términos, de mano de Philippe, picapedrero municipal de París, a su jefe de servicio; allí cartas en que Maurice Barres, Anna de Noailles, Paul Claudel, Francis Jammes, expresan a Charles-Louis Philippe su simpatía y su admiración. Y bajo ese retrato del escritor de las "Nourritures Terrestres", una dedicatoria conmovedora que atestigua la presencia y la fidelidad de André Gide. La biblioteca encierra bellas ediciones ilustradas, manuscritos, objetos de familia.

Pero ya la noche cobija en sus tintes azulosos las formas tranquilas de la calle. Una última meditación dentro de la casita, una mirada rápida a la contigua residencia, más imponente, donde la alegre y amable adolescencia de Jean Giraudoux

se orientó hacia la literatura guiada por los juiciosos consejos del primogénito.

Una breve visita a la tumba. El busto, obra de Bourdelle, preside la paz silenciosa del cementerio. Evoca, con justicia y sinceridad, los rasgos un poco angulosos, un poco amargos, pero tiernos y buenos de Charles-Louis Philippe. Una frase del escritor está inscrita en el zócalo de la piedra: "Las almas recias pueden recorrer el mundo y encontrar alegrías en él, pero las almas delicadas tienen que sufrir mucho". A la dulzura triste de este epitafio, se une, sin embargo, una certidumbre reconfortante: ese grito de cansancio no es un testamento, ¡es sólo un testimonio!

Cierto; se comprende el pesimismo y la melancolía que matizan el pensamiento del novelista y el filósofo, puesto que su fervor y su piedad se inclinan hacia las miserias de la vida. Ese fue el destino trágico de Charles-Louis Philippe. Pero nos ha legado una obra ardiente: un acto de fe en la vocación humana, una íntima protesta de adhesión a la existencia cotidiana. ¿Sus penas? Fueron las de todo su ser trémulo y sensible; y las tradujo con un acento de novedad desgarrador a veces. Representa él, por eso, un poco del eterno sufrimiento de la humanidad. Pues Philippe tenía, como lo ha escrito Jean Giraudoux, "esta bondad que nos emparenta con los que son malos, esta delicadeza que nos convierte en hermanos de la tosquedad y la vulgaridad, esta finura en la amistad y en el amor que nos hace gemelos de los brutos y los sátiros, esta pobreza que nos da por padres a los ricos"...

Murió a los 36 años, dejando incompleto "Charles Blanchard", su obra maestra. Pero, si bastan dos o tres grandes libros para pasar sin estorbo a la historia, se puede asegurar que el niño genial de la "pequeña ciudad" puede ya no temer el olvido de los hombres. En todo caso, esta excursión férvida y sencilla fue dedicada a su memoria como un homenaje de la gratitud de los vivos.

De *Les Nouvelles Littéraires*.—París.

Magia y misterio de Maurice Ravel

Por ANDRE GEORGE

SIN ruido, con esa delicadeza y ese discreto misterio que le eran tan propios, se alejó de nosotros poco a poco. Hasta esa última noche, el fin del año... Su cerebro, dicen, era presa de un extraño mal. Pero ¿cómo saber qué puede ocurrir en una materia tan infinitamente sutil y ya toda espíritu: el cerebro de un Ravel?

En el muelle de Ciboure, una casa de estilo italiano, donde su nombre glorioso quedó inscrito cuando él aún vivía, lo vió nacer el 7 de marzo de 1875, y nacer músico. En el Conservatorio recibió la instrucción de esos grandes impulsores del arte francés que se llaman: Gédalge, Fauré. Como Dukas, no obtuvo más que el segundo premio de Roma, dotado ya el autor de ese mérito de audacias que suele ser más que el primero.

He aquí las etapas, de todos conocidas, de una vida ilustre. Para el piano, la "Pavana para la infanta difunta", que nos reveló desde 1899 su amor por Chabrier; el maravilloso y triple poema "Gaspard de la Nuit" (1908); los "Valses Nobles y Sentimentales" de 1911, tesoro profundo que él seguirá explorando en lo sucesivo; el "Sobre la tumba de Couperin", obra cuya mayor parte será luego arreglada a cuatro manos; y "Cuentos de Mamá la Oca", cuya ironía se torna infantil y su gracia maravillosa.

Instrumentales: el "Cuarteto", obra de fuerza desde 1902; el "Trío" en los años de la guerra; las "Sonatas", de 1922 y 1925 y esa apoteosis del arco, "Tzígano". El estilo vocal le brinda una ocasión para obtener esa precisión mecánicamente organizada de sus "Historias Universales" (1906), como también para la ornamentación de "Scherzade", y de sus "Poemes de Mallarmé" (1913), cuyo encantado país se diría pertenecer al reino aéreo de la música. Después las "Chansons Madécassées" (1925-1926), los "Don Quijote" recientes, en donde ese raro prodigio entretuvo apenas, la sensibilidad raveliana, levanta escasamente una punta de su velo.

Y después la orquesta, esta orquesta "inspirada" (para volver a citar a Dukas), tal vez en Rimsky, pero en todo caso inaudita: la "Rapsodia Española", de 1907; "Dafnis y Cloe", su obra maestra en 1906-1911; "La Valse" (1919); la orquesta lírica "La Hora Española" (1907) y "El Niño y los Sortilegios" (1920-1925). La orquestación, por fin, de los "Cuadros para una Exposición de Moussorgsky", tan espléndida y personal, que, en el fondo, se trata de una obra original. En los últimos tiempos, el universal "Bolero", supremo alarde de fuerza, el trozo más popular de la música de hoy, bajo todas las latitudes y en todas las ondas de radio. Y los dos "Conciertos para Piano", pórtico final a la salida de la obra...

Era, seguramente, de la raza de los artistas de Francia, de los que piensan que no es necesario ser violento para mostrarse fuerte, ni desbordante para ser verdadero. Vivía probablemente en nuestro siglo XVIII, gozando "el delicioso y siempre nuevo placer de una ocupación inútil". Pero este placer, que ha llegado a ser el nuestro, disimula en su autor las victorias trabajosamente obtenidas: la contenida sensibilidad, las reglas observadas, las trabas que se aceptan y la "dificul-